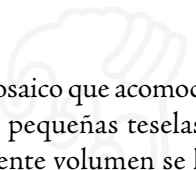


## Presentación

### Un mosaico psicosocial



Al igual que un mosaico que acomoda con creatividad e imaginación las pequeñas teselas que conforman su diseño, el presente volumen se ha valido del uso de diversos materiales que –como pequeñas piezas– se han combinado exitosamente en su simetría y asimetría para conformar con singular atractivo un contenido que muestra unidad en su diversidad. De ahí el acierto del título *Mosaico psicosocial*, que expresa cabalmente su intención editorial: los cuatro artículos, las tres presentaciones de un libro y la reseña de otro abordan problemáticas y contenidos desde y sobre la psicología social, aportando fragmentos de realidad, escudriñando con múltiples miradas y perspectivas y, al mismo tiempo, conformando y conjugando una obra completa que puede ser vista como un gran mosaico que articula los elementos citados.

En primer término, la serie de cuatro artículos presentada en este volumen es resultado de un trabajo colectivo realizado en el año de investigación de la licenciatura de psicología social de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Durante este tiempo, seminarios y talleres fueron el espacio donde aprendices –en el sentido de ver la psicología social cualitativa como un oficio– pusieron en práctica las técnicas, manipularon los materiales y se aventuraron a realizar su propia creación, su propio

mosaico, que hoy exponen a la mirada de los otros. En este proceso se debe reconocer la participación de dos expertos en el oficio de la psicología social, la doctora Martha de Alba y el doctor Octavio Nateras, quienes, junto con la que esto escribe, pacientemente acompañaron a los, en aquel momento, estudiantes de la licenciatura y compartieron con ellos su experiencia y sus críticas. Así, se elaboraron estas cuatro aportaciones al mosaico psicosocial que hoy aquí se presenta.

Destaca en estos cuatro trabajos un marco común: la perspectiva cualitativa de la psicología social. El factor principal que los unifica es su íntimo contacto, desde el inicio, con la realidad que les interesaba abordar. No se les permitió hacer preguntas desde el escritorio, es decir, desde un lugar alejado del fenómeno. Más que establecer un planteamiento concreto, se les incitó a iniciar con una descripción detallada que evitara los lugares comunes, cuestionando los supuestos sobre los temas y problemas abordados. Los resultados, de distinto alcance, se presentan a continuación.

En el primer artículo, “Quemaduras: experiencias de vida”, Ana Karina Rojas Cebrero e Irma Romero Pérez abordan una problemática de salud desde una perspectiva psicosocial. Si bien las lesiones por quemaduras (casi siempre derivadas de un accidente) han representado un reto para las acciones de salud pública —en cuanto a tratamiento y técnicas de atención que permitan garantizar la sobrevivencia de las personas quemadas—, lo novedoso de la exploración de las autoras es que justo ubican la problemática en el impacto psicosocial de las lesiones en los sujetos. Parten del supuesto de que las quemaduras no sólo lesionan el cuerpo y sus capacidades: una vez que se supera la crisis de las heridas y se garantiza la sobrevivencia, una vez que se ha sobrevivido al dolor físico de la piel expuesta, una vez que se tiene que volver a la cotidianidad de la vida, las personas enfrentan una crisis de identidad. Porque las quemaduras lesionan la identidad de un sujeto que pierde capacidades y que pierde la imagen de sí mismo. Un sujeto que se mira en el espejo y no se reconoce. De esta forma, señalan las autoras, las quemaduras quedarán como una huella indeleble, como un sello de la tragedia que marcó un hito en su existencia. Convertida en estigma, esa huella producirá en ellos el descrédito —descrito por Goffman— del “individuo inhabilitado”, que los llevará a replantear su vida.

La herramienta metodológica empleada por Rojas y Romero para sumergirse en el proceso de crisis y reestructuración identitaria de las personas que han sufrido quemaduras severas fue la entrevista en profundidad, con ocho personas que presentaban dicha condición. Realizaron además entrevistas con informantes clave como médicos, psicólogos y trabajadores sociales, todos ellos muy vinculados desde su práctica profesional a los procesos de atención a personas quemadas. Y se entrevistaron también con familiares cercanos a los lesionados.

En sus resultados, las autoras dan cuenta del proceso de transformación del “yo” por el que transitan los sujetos como consecuencia de las quemaduras, y el papel que tienen en este proceso las relaciones con los otros en los espacios familiares, escolares y laborales. Los hallazgos permiten a las autoras ubicar el accidente como punto de quiebre en la identidad, que se inicia con una experiencia de incertidumbre, incluso sobre la posibilidad de sobrevivir y, una vez que se supera la muerte, de incertidumbre sobre las secuelas que las quemaduras dejarán en el cuerpo. Una constante en las experiencias de las personas quemadas es la pérdida de control sobre su cuerpo y su vida, característica relacionada con la gravedad de las quemaduras y la duración del proceso de hospitalización.

En un segundo momento, se describe el proceso de construcción del estigma a partir de un sentimiento de fealdad, deformidad o inutilidad, derivado de las marcas y alteraciones sufridas por el cuerpo, y que en la mayoría de ellos estuvo acompañado de sentimientos de enojo, desesperación, inseguridad, angustia, tristeza y una enorme necesidad de aislamiento. El estigma se configura desde la mirada de los otros, con los apodosos discriminatorios que aluden y caricaturizan su condición de personas quemadas: “es así como el cuerpo quemado se convirtió en un signo de distinción ante los otros”.

Finalmente, las personas pasan por un proceso de “reconstrucción identitaria”, en particular en los casos en que las secuelas no fueron graves o se logró restablecer en su totalidad la movilidad de la persona. Este proceso de reconstrucción estuvo muy articulado a la capacidad de valerse por sí mismos y lograr la autosuficiencia económica, en el reconocimiento de que esto los acerca más a la posibilidad de llevar una vida “normal”.

En el proceso de recuperación, los familiares, la pareja y los amigos cumplen un papel central: el apoyo, cuidado y acompañamiento de los seres queridos se vislumbraron como elementos de fortaleza para la reelaboración identitaria. El regreso a la escuela o el trabajo después de la recuperación son reportados como espacios de fuerte confrontación, en particular la escuela, lugar donde con más frecuencia enfrentan burlas y maltratos.

Por otro lado, la investigación pone al descubierto la falta de servicios especializados en el país para atender este tipo de lesiones, así como la deficiencia en la atención integral a los lesionados, que permita no sólo una rehabilitación física sino también psicosocial, que les dé la oportunidad de tener una vida digna.

En el artículo “El misterio de la menopausia: la perspectiva de las mujeres”, Eva Romero López y Georgina Sánchez Miranda se aproximan a un fenómeno de gran relevancia para las mujeres: la menopausia, el cese de la menstruación y de la capacidad reproductiva. Un proceso en la vida femenina rodeado de mitos y prejuicios. Desde hace poco, la menopausia se ha construido como una entidad

clínica nueva, lo que puede ser visto como una forma de regulación y medicación de la vida de las mujeres. Ante esta visión hegemónica de lo que se supone les ocurre a las mujeres, este trabajo intenta demostrar lo plural y diversa que puede ser esta experiencia, y cómo la misma está vinculada más claramente con la trayectoria biográfica de cada mujer que con una experiencia negativa como destino único para todas las mujeres.

Desde esta perspectiva se ubica el trabajo de Romero y Sánchez, quienes se propusieron indagar los discursos que las mujeres construyen sobre su experiencia con la menopausia. Empleando una metodología cualitativa, mediante la entrevista en profundidad, las autoras recuperaron el discurso de doce mujeres que habían transitado o estaban transitando por la menopausia. Así, identificaron los diversos marcadores que las entrevistadas reconocen para asumirse en esta etapa; el más común es el cese de la menstruación; otros signos asociados son las irregularidades en el periodo menstrual o haberse sometido a una histerectomía como consecuencia de alguna alteración en su salud.

A pesar de los diferentes caminos por los cuales las entrevistadas llegan a la menopausia, en los discursos prevalece un significado que asocia a ésta con el cuestionamiento de la propia feminidad. Es decir, así como a partir de la primera menstruación se determina en la experiencia de las mujeres la identidad femenina, así también a partir de la ausencia de la menstruación se pone en duda dicha identidad. Cabe señalar que, según los hallazgos, la experiencia varía entre mujeres que han tenido y no han tenido hijos, entre quienes experimentaron positiva o negativamente la menstruación, así como entre quienes se apegan más al estereotipo femenino y quienes se alejan de éste.

Quienes se ubican en una perspectiva más tradicional de ser mujer suelen considerar la menopausia como la pérdida de la feminidad, como una etapa “fea” y “dolorosa”. En cambio, en una postura menos tradicional, se suele asumir que es una experiencia de cambio que ofrece posibilidades para que la mujer pueda replantearse su vida o darle un nuevo sentido. Entre aquéllas con más alta escolaridad, se da una interpretación más positiva de la menopausia: estas mujeres suelen asociarla a la experiencia de libertad. Las autoras concluyen que la menopausia tiene grandes implicaciones en la vida de las mujeres, y que los significados que construyen en torno a esta experiencia están relacionados con aquéllos asociados a la identidad femenina.

“Historias de vida, lucha y muerte: enfermos de cáncer hematológico” es el título del artículo presentado por Lizeth Cruz Jiménez y Carlos Filiberto Miguel Aguilar, resultado de una investigación desafiante debido al proceso que los autores vivieron para entrevistar a enfermos terminales de cáncer hematológico, con el cuidado que exige el respeto por la dignidad humana. El objetivo: abordar

desde la perspectiva del enfermo el proceso de revalorización de la propia vida ante la inminencia de la muerte. Los autores indagan sobre ese recorrido por el que transitan los enfermos terminales de cáncer, desde la vida, el padecimiento, hasta llegar al umbral de la muerte.

Lizet Cruz y Carlos Miguel entrevistaron a 16 personas, ocho varones y ocho mujeres enfermos de cáncer hematológico, internados en el Hospital General de México. Los enfermos tuvieron la libertad de decidir sobre su participación en el estudio. En el proceso, los investigadores transitaban de la situación de la entrevista a la del acompañamiento de los enfermos, asumiendo así una postura metodológica bastante flexible en la que el bienestar del entrevistado tuvo un lugar primordial.

Los autores lograron describir el tránsito de una vida saludable a la condición de enfermos, una vez que a las personas les fue comunicado el diagnóstico de cáncer. Después se describe el proceso de hospitalización, que implica la entrada a lo que Goffman ha denominado la institución total, en la que algunos describen sentirse “como en la cárcel”, pues los tiempos de sus actividades son controlados y sus acciones reglamentadas. Tareas tan sencillas como comer, asearse e ir al baño se vuelven complejas ante la pérdida de la privacidad.

El hospital se convierte en el lugar donde –al lado de otros enfermos de cáncer– se van familiarizando y socializando con los códigos de la enfermedad y la muerte. La mirada sobre los otros les permite ir construyendo el significado de la propia enfermedad. Las alteraciones experimentadas por el cuerpo debido al deterioro ocasionado por la enfermedad y su tratamiento son compartidas por los enfermos. Observando lo que les pasa a los otros, se acepta lo que les tocará vivir y, en ocasiones, se acepta el morir.

A pesar de su condición de internos, los familiares cumplen un importante papel en el padecimiento: los alientan, acompañan, o preocupan debido al tiempo que les dedican. Esto ocurre en particular en el caso de los enfermos de origen foráneo, cuyos familiares prácticamente viven en la sala de espera del hospital.

Otro hallazgo de la investigación es el resurgimiento en los enfermos de la fe en “Dios”, debido a la experiencia de la enfermedad. Muchas veces “la enfermedad se convierte en voluntad divina”, como una forma de resignación y como un recurso de esperanza. La actitud hacia la enfermedad es algo que aprenden en el proceso: la enfermedad se simboliza como una “batalla” que hay que pelear con entereza, pero en la cual la posibilidad de morir es permanente.

Entre los descubrimientos más relevantes del trabajo sobresale el hecho de que el padecimiento es más llevadero para quienes valoran positivamente la vida que han tenido. Asimismo, respecto a conocer sobre la enfermedad que

padecen, las mujeres muestran una actitud más pasiva que los varones, quienes tienden a preguntar más y a buscar más información. Las características del médico parecen determinantes: una buena comunicación del galeno con el enfermo baja la ansiedad y hace más tolerable la enfermedad. Los autores identificaron tres condiciones que ayudan a los enfermos de cáncer a hacer más llevadero su padecimiento: seguridad de que se está haciendo médicamente todo lo posible por atender su enfermedad; apoyo familiar asociado a lo moral, económico y cuidados de su persona y su cuerpo; y actitud positiva del enfermo, es decir, que vea en el padecimiento un aprendizaje de vida.

En el último artículo, de Elizabeth Trujillo Jiménez, titulado “Padecimiento y recuperación de pacientes accidentados”, la autora se pregunta sobre los procesos subjetivos de personas que han sido hospitalizadas como consecuencia de un accidente, y sobre los procesos de padecimiento y recuperación de la salud.

Para realizar la investigación, Trujillo se introdujo en el Hospital General Balbuena, en los departamentos de Cirugía Plástica y Reconstructiva, Ortopedia y Quemados. Ahí, durante una estancia de seis meses, realizó actividades de apoyo que le permitieron levantar diez historias de vida entre pacientes accidentados. La autora recuperó además información complementaria mediante la observación participante y de los expedientes médicos.

Entre lo investigado sobresale que el proceso de padecimiento generalmente se inicia con evocación del accidente como un momento de definición de la vida. Las claves de esta remembranza agobian inicialmente a los accidentados y pasan por pensar qué hubiera sido si ellos hubieran hecho o dejado de hacer; los detalles se reconstruyen palmo a palmo. Del temor por la pérdida de la vida se pasa al temor por las consecuencias en el cuerpo, en su salud, a las amputaciones u otro tipo de discapacidades.

La estancia hospitalaria es definitiva en el proceso de recuperación. Aun estando internados, los accidentados pueden ser desatendidos en el hospital por falta de condiciones adecuadas para su tratamiento. En los casos en que la recuperación se prolonga, y con ello la hospitalización, las personas internadas suelen experimentar ansiedad, estrés y aburrimiento. Las consecuencias del accidente pueden alterar el cuerpo de los accidentados, lo que conlleva a la experiencia de pérdida. En algunos casos, señala Trujillo, esto se da como resultado de la negligencia médica, lo que genera enojo e impotencia entre accidentados y familiares. Una vez más, en este estudio se demuestra la importancia del acompañamiento de la familia para la recuperación del paciente. Dentro de los hallazgos se hace una recuperación del significado que los pacientes asignan a su accidente, así como una descripción de la cotidianidad en el mundo hospitalario.

Otros elementos que forman parte de este mosaico psicosocial son una reseña y una sección de debate. En la reseña sobre el *Tratado de psicología social: perspectivas socioculturales* –obra coordinada por los psicólogos sociales Anne Reid y Miguel Ángel Aguilar–, Bernardo Jiménez-Domínguez reconoce la perspectiva crítica de la psicología social que ofrece el texto, que cumple además con las exigencias de un conocimiento “histórica y socioculturalmente situado”. Así, desde una postura epistemológica crítica, en el libro se abordan temas como la cognición social, género e identidades, instituciones y políticas sociales, entornos sociales y afectivos y una mirada, del pasado al presente, sobre la psicología social.

El libro *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica* –coordinado por las psicólogas sociales Angela Arruda y Martha de Alba– es sometido a debate por João Gilberto Carvalho, Juana Juárez Romero y Fátima Flores, en una interesante polifonía de lecturas psicosociales. La lectura de Carvalho resalta el recorrido que expertos investigadores en representaciones sociales hacen desde las teorías que sustentan el propósito general de la obra, en el apartado “Imaginarios latinoamericanos: contexto social y marco conceptual”. También dan lugar a las múltiples miradas sobre lo latino, para finalmente ofrecer la reflexión que sobre sí mismos hacen distintos colectivos: brasileños, mexicanos y venezolanos. La coherencia teórica y metodológica de la obra, a decir de Carvalho, sugiere que la investigación teórica y práctica de las representaciones sociales en América Latina está claramente consolidada.

Para Juárez, el recorrido por la obra es por demás atractivo. Considera que al tratar los imaginarios y las representaciones se pone énfasis en conceptos centrales para la psicología social. Además, advierte que el uso de la metodología en las investigaciones incluidas en el texto lo convierten en obra de consulta para los interesados en las interacciones sociales “...metodologías sugestivas donde las palabras, imágenes, creencias y opiniones de los actores constituyen el referente central de cada trabajo”.

Finalmente, Flores reconoce en la obra el reto de la investigación en representaciones sociales, para llevar a cabo una producción que se emancipe de la psicología social norteamericana, y lo considera un texto que asume el reto de entablar un diálogo entre los imaginarios y las representaciones sociales, lo que implica una reflexión teórica y polémica en el contexto de nuestras culturas.

Una vez descritos los materiales empleados en la elaboración de este mosaico, sólo resta hacer la invitación a recorrerlo, repensarlo y mirarlo crítica y lúdicamente, sin olvidar que el espectador, en este caso el lector, es el complemento necesario en toda obra.

Gloria Elizabeth García Hernández

## Otro temas

Como es habitual, la sección temática de Iztapalapa se propone dar cuenta de diversos debates en el interior de las ciencias sociales y las humanidades. Es en este ámbito que se inscribe la primera de las contribuciones que presentamos en esta sección. En ella se reflexiona sobre la historia de una disciplina, en este caso la psicología, señalando especialmente sus omisiones y olvidos para, desde ahí, poder trazar nuevas líneas de reflexión y originales modos de articular problemas que permitan posicionar a esta disciplina en el concierto de las ciencias sociales hoy en día, en sus entrecruzamientos con la sociología, la antropología y la historia, y así poder pensar en forma innovadora las prácticas y procesos sociales del mundo contemporáneo. El siguiente ensayo que ofrecemos en este número a nuestros lectores se inscribe en los debates y reflexiones desarrollados en el país durante el año anterior, a propósito de los centenarios. En especial se trata de ver el efecto que tuvieron la crisis del orden monárquico, la reorganización del orden político, la consumación de la Independencia y las sucesivas crisis a lo largo del siglo XIX en el modo de pensar el orden social. En efecto, a raíz de estos conflictos y de estas crisis, el orden social y político no podía comprenderse más como centrado en una figura dominante –la del monarca– sino que debía ser enlazado y entendido ahora en el marco de un proceso de desacralización del orden social y político en el que los ciudadanos y sus debates en la esfera pública comenzaran a asumir un papel fundamental.

Finalmente, el último artículo se inscribe en una serie de preocupaciones que –a pesar de lo que parecería a primera vista– han acompañado a las ciencias sociales y a las humanidades. Ellas tienen que ver con la ecología, el medio ambiente y el desarrollo sustentable, enfocados ahora en las instituciones del sector salud. Se trata de ver en particular cómo se procesan los residuos biológicos infecciosos, planteando la pregunta por la normatividad –ausente o existente– que regula su procesamiento, por el comportamiento, capacitación y seguridad de los responsables de su manejo y por el ámbito organizacional e institucional en el que se inscriben todas estas acciones.

Esperamos que, como siempre, los ensayos aquí presentados contribuyan al debate –dentro y fuera del espacio de nuestra Universidad– sobre los temas tratados en esta sección.

*Gustavo Leyva*